

**ALIMENTANDO NUESTRA MEMORIA
PARA ENCARAR CON PASION
NUESTRO FUTURO
AYER, HOY Y MAÑANA DEL INSTITUTO
EMMANUEL MOUNIER**

En este balance de los primeros seis años de vida del «Instituto Emmanuel Mounier» han quedado claras sus limitaciones tanto económicas como militantes. Sin angelismos pecuniarios, el capital humano de la asociación debe incrementarse y atender, sin dilaciones, la llamada al compromiso total que nos hace la Historia.

Por Pablo Simón Lorda

I. VOLVIENDO LA VISTA ATRAS

Exactamente 52 años después de que Emmanuel Mounier fundara la revista-movimiento «Esprit» (1932) nacía en Madrid el Instituto que lleva su nombre. Desde aquel 27 de octubre de 1984, en que tuvo lugar el acto de presentación del Instituto en la Facultad de Derecho de la Universidad Complutense, hasta hoy, muchos acontecimientos ha vivido nuestro pequeño gran proyecto personalista y comunitario. Seis años más tarde, bastantes de aquellos 99 que integraban la primera lista de miembros del Instituto —aparecida en el número 1 de ACONTECIMIENTO, en enero de 1985— ya no están con nosotros. Unos descubrieron que este proyecto no era el suyo, otros no nos comprendieron del todo bien —quizá no nos expresábamos con claridad suficiente—, otros cayeron extenuados ante la dureza del navegar siempre a contracorriente, otros se fueron decepcionados porque no supimos ofrecerles lo que ellos necesitaban, unos pocos fueron separados de nosotros por la Hermana Muerte pero viven en nuestro recuerdo... Sí, muchos nos dejaron, pero también muchos más vinimos a beber en la fuente de esperanza, que supone nuestro Instituto en medio del erial estéril en que parece haberse convertido Occidente. El resultado es que hemos crecido, golpe a golpe, paso a paso, hasta llegar a ser hoy día en torno a seiscientas personas, lo cual, no siendo excesivo, tampoco puede decirse que sea raquítico visto el éxito tan mediocre de otros proyectos con más medios materiales que el nuestro.

Puede asegurarse que en este momento, salvo honrosas excepciones, somos una organización de carácter casi único en el panorama asociativo de nuestro país:

* Hemos sobrevivido seis años sin más recursos financieros que los que emanan de nuestra voluntad militante y autogestionaria, mientras la mayoría de las asociaciones o movimientos terminan yendo más pronto o más tarde a mamar de la ubre del Estado para evitar su asfixia económica, aunque ello precipita precisamente su aniquilamiento moral.

* Además, con ese dinero hemos aportado todo lo posible a la reconstrucción de una cultura crítica, profundamente humanista y concientizadora, sin concesiones a los mitologemas imperantes. Esta es una labor fundamental a la que en este pueblo tan «europeo» nadie parece querer dedicarse. Dicho sea con toda humildad, pero ahí están los 18 números de ACONTECIMIENTO, los «Cuadernos de Formación», los «Clásicos Básicos del Personalismo», las Obras de Mounier, los escritos, cursillos, conferencias, mesas, etc., etc.

* Y todo ello sin tener ni siquiera un local que funcione como sede permanente, ni personas liberadas que actúen como continuos animadores de nuestra vida interna, ni imprenta ni editorial propia, ni distribuidora comercial alguna.

También hemos ido articulando poco a poco una identidad cada vez más definida, clarificando progresivamente nuestras líneas básicas de pensamiento, haciéndolas dinámicas pero no evanescentes, sólidas pero no monolíticas, abiertas pero no eternamente cuestionables en lo esencial. Pocas organizaciones socioculturales, sociopolíticas, o puramente políticas, en todo el territorio estatal pueden decir esto, puesto que lo que priva es el claroscuro ideológico que permite amplios espacios de maniobra, la mentalidad clónica, el eunucoidismo neuronal, la cultura en tarjeta de crédito, el hiperconsenso desertizador, las ideas bajas en calorías, el pensiero debole, el hedonismo maniaco y desesperanzado, la maximalización del beneficio pecuniario, el socialismo asocialista, el solipsismo europeizante, la doblez descarnada, las Supercuentas de votos, el egoísmo pseudoilustrado, el maxiprogresismo reaccionario, la voluntad de poder, la palabra vacía...

Y sin embargo no todo han sido fulgores hondadosos en nuestro breve periodo de existencia. Si prescindieramos de la autocrítica apareceríamos como seres mezquinos y engominados, llenos de vacuidad, porque a fuerza de no reconocer el mal que anida en lo hondo de su corazón el alma bella, finalmente dominada por aquel, termina refugiándose en su torre de marfil, metamorfoseándose en insecto de duro corazón. Nada más lejos de nuestro deseo, por eso, con ternura y seriedad:

* Cabe preguntarse el porqué de nuestra poca capacidad para organizarnos federativamente, puesto que tras seis años de andadura tan sólo existen grupos mínimamente estables en otros tantos lugares. ¿Qué pasa en los otros sitios donde hay miembros del IEM?, ¿habremos insistido excesivamente en la dimensión de lo personal, y al olvidar lo comunitario el germen del individualismo habrá penetrado en nuestros corazones?, ¿por qué mientras se afirma de palabra la urgente necesidad de que el proyecto que propugnamos se haga realidad en la sociedad, luego, en la práctica, el compromiso con el Instituto es siempre secundario?

* De modo semejante habremos de reflexionar acerca de nuestro crecimiento tan limitado, ¿será que «el personalismo» es cosa de élites heroicas?, ¿o de mentes superdotadas?, en tal caso ¿por qué no han ingresado en el Instituto más «mentes» de esas a lo largo de estos años?, de cualquier manera ¿estaremos siendo suficientemente pedagógicos a la hora de exponer nuestras posturas?, o por el contrario ¿no será que los menos lúcidos, más que «optimismo trágico», rezumamos subrepticamente un «pesimismo antropológico» que nos paraliza, en la línea «total, para que molestarte, todo va seguir lo mismo...»?

* Otras tantas preguntas podríamos hacernos respecto a la colaboración económica, el aspecto formativo o la preocupación por la difusión del Instituto: ¿Por qué tantos de nosotros seguimos delimitando la cuantía de la cuota con el criterio de «lo mínimo dentro de lo imprescindible» y no de «lo máximo dentro de mis posibilidades»? ¿no encierra esto una terrible contradicción?, y ¿cuántos de nosotros intentamos vivir de verdad de la forma más austera posible, en solidaridad con los pobres de la tierra?, ¿por qué nos cuesta tanto dedicar tiempo al estudio personal y/o en grupo?, a pesar de nuestras múltiples ocupaciones ¿no sacamos tiempo para otras cosas?, ¿cuántos de nosotros consideramos verdaderamente importante el conocimiento de la obra de los clásicos personalistas?, ¿cuántos los hemos leído, reflexionado críticamente e interiorizado?, ¿por qué la difusión de nuestras publicaciones recae siempre en los mismos?, ¿será que los demás las consideramos poco «nuestras», o poco clarificadoras, o poco interesantes para nosotros y por tanto, todavía menos para los demás?, en tal caso, sabiendo el inmenso esfuerzo humano y económico que nos cuesta sacarlas adelante, ¿por qué no se dice, se critica, se propone?, ¿no evidencia todo esto una falta gravísima de compromiso militante?

* Por último, para concluir este breve relámpago autocrítico, que pretende ser abierto y vivificador —no agobiantemente culpabilizador—, quizá sería buena cosa que cada uno se preguntara si ha realizado, al unísono que el Instituto, el proceso de clarificación de los rasgos básicos que caracterizan inequívocamente una identidad personalista y comunitaria, o si por el contrario tiene todavía dudas de bulto que supongan un lastre para su participación activa en la vida de la empresa que tenemos entre manos.

Y dicho todo esto, una vez vuelta la vista atrás, es tiempo de mirar hacia el camino que tenemos por delante, senda de rosas y espinas que entre todos habremos de desbrozar.

2. OTEANDO EL HORIZONTE DE LA UTOPIA RESPONSABLE

Una de las originalidades que tiene el Instituto E. Mounier es que pretende escudriñar alternativas globales y radicales al diseño actual de la sociedad en que vivimos, en nuestro país y en el mundo entero. Digo que esto es original porque hoy día los movimientos o asociaciones suelen trabajar sólo con objetivos concretos, puntuales, fragmentarios, aislados, sin enmarcarlos

en propuestas de alcance más general, en propuestas que afecten simultáneamente a todos los hombres y a todo el hombre; la consecuencia inmediata es que, a pesar de todo el lenguaje pseudoizquierdista que con frecuencia estos grupos utilizan, no son capaces de superar el estrecho marco del reformismo más pacato.

Por esto parece importante resaltar que el Instituto tiene que intentar abrir todos los frentes de lucha posibles, quizá no a un tiempo pero sí progresivamente. A la vista de la apatía imperante no parece mala cosa ser ambiciosos en este sentido, y no consideraría descabellado que nos propusiéramos el objetivo de estar trabajando, al término de los cinco próximos años, a pleno ritmo en los cuatros frentes siguientes:

1.1. Frente intelectual

El trabajo de carácter más intelectual es de importancia vital para el mantenimiento de la lucidez crítica en el resto de los ámbitos propuestos más abajo. De hecho, de la profundización en el estudio de los clásicos personalistas, de su reactualización, y de la elaboración de categorías y esquemas de pensamiento novedosos depende el mantenimiento de nuestra identidad, que, dicho sea ya de paso, habrá que ser más ética que metafísica. Yo diría que hay que reescribir la historia de la filosofía para rehacer un pensamiento nuevo que dé testimonio de la dignidad absoluta del hombre, y que esta tarea no es responsabilidad exclusiva de los que pertenecemos al Instituto Mounier, sino que hay que convocar a ella a todos los humanistas auténticos que todavía se resisten a la vorágine impersonalista —de ahí nuestra voluntad de convergencia desinteresada con todos ellos—. De todas maneras esta ardua tarea no se realizará partiendo de cero sino siguiendo, a modo de hilos de Ariadna, los rasgos básicos de todo pensamiento que pretenda denominarse personalista y comunitario. Estos postulados son, a mi humildísimo parecer, los cinco siguientes:

1. El hombre es un ser cualitativamente diferente del resto de los seres, esto es, un hombre nunca podrá ser igualado ni a una mesa ni a un perro porque ocupa la cúspide de la pirámide de lo real. Tal cosa, que a primera vista puede parecer evidente, e incluso ser defendida de palabra, es francamente combatida en lo práctico. No hay más que pensar en el actual sistema económico, donde el hombre se convierte por una parte en máquina productora y por otra en máquina consumidora, o en los biologicismos todavía imperantes que nos reducen a puro azar evolutivo, a sistema de señales neuroquímicas, a mecanismo de transmisión de material genético, etc. etc.

2. El hombre tiene valor absoluto, no relativo, consiguientemente ha de ser tratado siempre como fin nunca como medio, posee dignidad y no precio, porque ocupa la cúspide de la pirámide de lo moral. Defender este axioma y llevarlo hasta las últimas consecuencias es situarse completamente al margen de las corrientes de pensamiento actuales, y por supuesto, de las prácticas políticas, sociales y económicas imperantes en este planeta. En las prime-

ras, el eudócrata de turno —versión remozada del guerrero vikingo— comienza afirmando su propio amor propio, continúa por su propio amor propio, y finaliza en el propio amor propio: el resultado es poco brillante: «la persona es un egoísta bien informado» (F. Savater). En las segundas, mientras se proclaman a los cuatro vientos los «Derechos humanos», la realidad es que sólo se practican los «derechos romanos»; los del amo sobre el esclavo, los del opulento sobre el hambriento, los de la muerte sobre la vida, del Norte sobre el Sur, de la propiedad sobre la propiedad compartida, de la ley sobre la ética, de la espada sobre la razón, del águila sobre la paloma, y así sucesivamente.

3. El hombre no es un ente autoclausurado en sí mismo, sino un ser abierto. Y un ser triplemente abierto: abierto al «ello», o sea al mundo; abierto al «tú», esto es, al otro; y abierto al «El», o sea al Totalmente Otro, a Dios. En esta triple abertura el hombre «se hace», puesto que no es un proyecto acabado, determinado por oscuras fuerzas, sino libre. En esta triple abertura, y sólo en ella, el hombre se reconoce como «yo».

La apertura al «ello» sólo tiene verdadero sentido en la medida en que es medio, y no fin: es decir, en la medida en que nos facilita el encuentro con el «tú» y con el «El». De aquí emana la exigencia de comprometerse en la transformación del mundo para que esto pueda de verdad suceder.

La apertura al «tú» es la condición de posibilidad de la ética, pues nada hay en este mundo más absolutamente digno que el «rostro del otro», y de la vida comunitaria, pues sólo en la esfera del «entre» acontece la constitución del «nosotros esencial», verdadero germen de la comunidad.

Cuando esta apertura a la ética comunitaria se lleva hasta sus últimas consecuencias, cuando se descubre que el «yo» y el «tú» son fines en sí pero no el final de sí mismos, sobreviene la apertura a Dios, puesto que sólo «El» es Tú Eterno, máximo Rostro, supremo Bien, total Comunicación.

Es superfluo decir que no conozco ninguna línea de pensamiento que defienda lo que acabo de exponer, salvo, claro está, el personalismo comunitario.

4. El hombre es el protagonista libre y responsable de la Historia, de la suya propia y de la de toda la humanidad. Los estructuralismos deterministas de cualquier raza son incompatibles con un pensamiento personalista. Es curioso, porque en un mundo donde se exalta hasta la locura la «libertad» simultáneamente permanece la convicción de que estamos absolutamente dominados por las estructuras biológicas, psicológicas, o sociológicas, y sobre todo —en clara herencia marxista— por las infraestructuras económicas. Contra este pesimismo determinista habremos pues de luchar sin descanso, para reconstruir una consideración de lo humano como ámbito de la radical libertad.

5. El personalismo comunitario no es un pensamiento especulativo sino vital, encarnado. Como decía Nedoncelle, «no es una filosofía para los Domingos por la tarde», sino para el compromiso. Es una filosofía política, o metapolítica si se prefiere. Al principio y al término de sus reflexiones siem-

pre habrá de intentar responder a la pregunta por la manera de transformar las relaciones culturales, sociales, políticas y económicas, de tal forma que en ellas se vea respetada la dignidad absoluta del ser personal —cuestión ésta que ninguno de los pensamientos actuales tampoco parece tener el más mínimo interés en intentar dilucidar—. Tal pregunta, a la vista de los cuatro postulados anteriores, sólo podrá ser contestada coherentemente si nos situamos en una perspectiva socialista, de «socialismo místico» diremos mejor, para desmarcarnos de los «socialismos» al uso. Tal «socialismo místico» habrá de estar necesariamente impregnado de las intuiciones básicas de los anarquistas clásicos, y habrá de impulsur al personalista a la acción.

1.2. Frente cultural

Los frutos de la reflexión producida en el apartado anterior no pueden quedarse en letra muerta. Habrán de ser el germen de la construcción de una cultura personalista y comunitaria. Esta cultura es la antítesis total de aquella cultura burguesa que con furia fustigaba Mounier, cultura hoy mayoritaria, imperante, hegemónica en Occidente. Una cultura personalista será pues solidaria y no masificadora, concientizadora y no alienadora, popular y no populista, internacionalista pero potenciadora de los rasgos culturales definitorios de cada pueblo, no esterilizantemente homogeneizadora.

La edificación de este nuevo talente sólo será posible mediante la introducción de personalistas, a manera de caballos troyanos, en los lugares donde se gesta y se difunde buena parte de esa cultura burguesa para así intentar bloquearla en lo posible. Previamente estos personalistas habrán de entrar en un proceso de adquisición de una formación doctrinal multidisciplinar sólida, continua y más incisiva en la educación de actitudes vitales que en el aprendizaje de conocimientos puramente teóricos. De ahí que la batalla principal a librar sea la de la articulación de una metodología formativa (grupos de estudio, folletos, cursillos, aulas de verano, conferencias, etc.) dotada de eficacia. Posteriormente, en un segundo paso, ateneos y liceos, asociaciones culturales de todo tipo, movimientos juveniles, prensa y radio, revistas literarias o de pensamiento, etc., serán puntos vitales a ocupar. El tercer golpe que habremos de intentar propinar a la cultura burguesa tratará de romper el monopolio de la producción cultural, guiado únicamente hoy día por las estrategias de mercado. Debemos pues potenciar y publicitar en lo posible a escritores de novela o ensayo, teatro o poesía, filósofos, pintores, escultores, etc., que por ser impenitentemente humanistas, éticos y combativos de la mentalidad comercial que impera en el modo de hacer cultural dominante, son silenciados, mantenidos al margen de los circuitos habituales de difusión.

1.3. Frente social

Cuando una sociedad se desvertebra hasta los límites a los que está lle-

gando la nuestra, quien gana terreno con celeridad indisimulada es el aparato estatal. El individualismo radicalmente insolidario, y la anulación del espíritu por la proliferación de la vulgar inmoralidad, son sus frutos inmediatos. Frente a esta situación urge fortalecer al máximo la sociedad civil. El propio desarrollo de la infraestructura federal del Instituto es una pequeña contribución a ello, pero insuficiente. Por ello es urgente colaborar y formar frente común con todos aquellos grupos o movimientos que se muevan por utopías sinérgicas de la nuestra. Organizar actividades formativas comunes, participar en campañas conjuntas, marchas o manifestaciones, redacción, firma y publicación de declaraciones, asistencia activa a actos públicos, etc., son actividades a potenciar al máximo. Y además hacerse presente, a través de sus miembros, en todos aquellos colectivos organizados desde donde sea posible alimentar coherentemente la revolución personalista y comunitaria: Asociaciones de vecinos o de barrio, voluntariado social, movimiento ecologista, movimiento pacifista, movimientos a favor del Tercer Mundo, etc.

1.4. Frente político

Al hablar de «frente político» me refiero a la política en sentido estricto, no en sentido lato. Hablo pues de la acción política cuya aspiración es la conquista del poder, y soy de la opinión de que este tipo de acción no debe quedar al margen de los objetivos del Instituto. Ya decía Mounier «quien "no hace política" hace pasivamente la política del poder establecido», y si bien es cierto que «el poder absoluto corrompe absolutamente», no menos lo es que también corrompe absolutamente la ausencia de todo poder. Dado que el poder actual es fundamentalmente bicéfalo, político y económico, y siendo inalcanzable para nosotros el segundo, hacia el primero habremos de dirigirnos para, accediendo a instrumentos que quizá posibiliten una cierta transformación solidaria de la realidad, prevenir además nuestra propia corrupción. Soy plenamente consciente de los peligros que todo esto encierra, pero el purismo sin voluntad de poder también lleva al utopismo inmoral y desmoralizante. Por ello no consideraría en absoluto descabellado que un grupo del Instituto Mounier, sólo, o todavía mejor, en frente común con otras personas o colectivos cercanos, tras haber reflexionado, estudiado y analizado la realidad sociopolítica concreta en la que viven inmersos, se propusieran, por ejemplo, presentarse a unas elecciones municipales. Y es más, el Instituto como tal debería prestarles todo su apoyo material y humano en esa iniciativa. Como se ve no reivindicó la transformación del Instituto en partido político —aunque tampoco creo que deba ser rechazada de plano tal posibilidad para un futuro—, sino que lo que planteo es la necesidad de que, aquellos que lo vean imprescindible, bajen al terreno de la lucha política directa.

Hasta aquí el diseño general de los retos que, a mi modo de ver, tiene planteados el Instituto Mounier cara a los próximos cinco años. Para que no queden en el aire, y para terminar ya esta breve reflexión, quizá sea interesante trazar objetivos y proyectos a realizar de una forma más concreta. Podríamos señalar los siguientes ocho.

1. Fortalecer la infraestructura federal de grupos organizados, reflexivos y activos, con empeño militante. Ellos son, más que los individuos aislados, las células que conforman el organismo vivo del Instituto. Acerca del talante que estos grupos deben poseer poco más puedo añadir a lo que Mounier decía de los grupos «ESPRIT», y que puede encontrarse en el epígrafe seis del capítulo dos del folleto sobre Mounier redactado por Carlos Díaz para la serie «Clásicos Básicos del Personalismo» (pág. 34 a 39). Estas páginas, y en general todo el folleto mencionado, son de capital importancia como guía de referencia acerca de lo que el Instituto debe de ser.

2. Ir potenciando en la medida de lo posible el paso del sentido grupal al comunitario, donde el compartir de los bienes sea un rasgo fundamental.

3. Impulsar la formación de un frente común, humanista y abierto, entre todas aquellas personas aisladas o colectivos organizados con los que podamos ponernos de acuerdo en planteamientos básicos. Un frente común en cada uno de los cuatro campos que he señalado anteriormente, puesto que sólo mediante la unión podremos detener con garantía de éxito el avance arrollador de «la era del vacío». Para esto se precisa una vocalía de Exteriores sumamente activa, y un Archivo repleto de información actualizada.

4. La labor intelectual y cultural precisa de cauces sólidos a través de los que difundir esa inspiración personalista y comunitaria. Un cauce fundamental es una editorial propia, algo en la línea de lo que fue ZYX, pero cuyo referente sea ahora el personalismo socialista, no el diálogo marxismo-cristianismo. Su creación es urgentísima ya, por lo que, o solos o en colaboración con grupos próximos, esta es una tarea a afrontar inmediatamente.

5. Otro cauce, muy importante para nosotros, es la Revista ACONTECIMIENTO. Hay que darle un giro radical, para alejarla de la estética culturaloide que la amenaza. No se trata de disminuir su rigor intelectual, sino de aumentar su claridad, su carácter pedagógico y cercano, militante y encarnado. Debe ser además fruto del trabajo reflexivo de los grupos del Instituto, antes que de personas por completo ajenas a nuestra utopía personalista, y no al revés como hasta ahora. Para esto hacen falta grupos bien estructurados, con lo que me remito al punto 1.

6. Un tercer cauce fundamental de trabajo es la formación directa. Para potenciar el camino abierto en esta línea con el Plan de Formación y las Aulas de Verano, sería necesario crear Equipos de Formación Permanente en el Instituto, que acudieran a donde se les solicitase a impartir cursos, conferencias, participar en mesas redondas, etc.

7. El afrontamiento de todos estos objetivos precisa de un refortalecimiento de la estructura administrativa del Instituto. Por ello parece ya necesaria la regularización de nuestra situación jurídico-legal, y la fijación de una sede permanente en un local alquilado, desde la que poder coordinar todo el trabajo de una forma efectiva. Un segundo paso a dar sería la creación de la figura del «liberado», para que al menos una persona pudiera dedicarse a tiempo pleno al Instituto.

8. Resulta obvio que para todo lo anterior precisamos más dinero, como

mínimo para empezar el triple del que actualmente manejamos. Hay pues que AUMENTAR LA CAPACIDAD ECONOMICA DEL INSTITUTO, mediante el incremento personal de la cuota hasta el máximo de las posibilidades de cada uno, mediante el esfuerzo por vender y difundir al máximo nuestras publicaciones, y mediante la búsqueda de nuevas formas de financiación que no sean contradictorias con nuestra inspiración esencial. En este sentido me remito de nuevo al capítulo dos del folleto mencionado en el punto 1.

Pablo Simón Lorda

Médico y Presidente del Instituto Emmanuel Mounier.

